

## **EL PATIO CORDOBÉS COMO LUGAR DE ENCUENTRO**

ADDENDA AL PRIMER PREGÓN DE LOS PATIOS CORDOBESSES (*Canto lírico*)

---

R. GRACIA BOIX  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

○ Cuando hace ahora catorce años tuve el inmenso honor de que la Junta Directiva de la "Asociación de los Amigos de los Patios" me designara para pronunciar el Primer Pregón de los Patios cordobeses, que se celebró concretamente el 6 de mayo de 1.977 en el Patio de la sede de la Asociación en la calle San Basilio núm. 50, dije, entonces, que en Córdoba existían patios que iban del siglo XIV al XVIII, y sólo me referí -claro está- a los patios populares, a esos patios que eran, y algunos -aunque pocos- continúan siendo casas de vecinos.

Así puse de relieve que aquellos patios eran los más genuinos lugares de encuentros entre los habitantes del inmueble que, en los momentos trágicos de adversidad, angustia o zozobra, se unían sus vecinos en una compacta piña humana e irradiaban sus inquietudes a todos los del barrio y sus aledaños, y, en muchas ocasiones, los hacían partícipes de las pequeñas fiestas y alegrías familiares.

Pues bien, hoy voy a señalar otros patios que se me quedaron en el tintero -que no se hallan inscritos en las relaciones oficiales- y que, por su cómodo acceso pueden ser fácilmente visitados, y, de seguro, quedarán extasiados al contemplarlos.

Estos patios que vamos a indicar, son indudables lugares de encuentros en sus más diversas y amplias manifestaciones.

En ellos se conjugan, por arte de magia, la belleza, el sosiego, el perfume y la familiaridad. Ellos han sido, y son, inspiradores de sublimes composiciones de los poetas más insignes, de las más afortunadas descripciones de ilustrados literatos. Los pintores más sobresalientes han aprisionado en sus telas el colorido y atmósfera que los envuelve y han sido los causantes del hechizo de artistas afamados; en una palabra, han dejado una profunda huella en el espíritu de todo aquel que tenga una pizca de sensibilidad.

○ Por eso, dentro de este contexto, no debemos pasar por alto el precioso patio de la casa sita en la calle Sánchez de Feria núm. 6, donde se ubica la Biblioteca y Archivo Municipal, con sus inigualables ajimeces moriscos, y en el que a diario se dan cita toda una pléyade de bulliciosos estudiantes juveniles ansiosos de aumentar su cultura o a la búsqueda y consulta de los textos que su situación económica no les permite adquirirlos y, donde, además, muchos de ellos tienen -como suelen decir- sus "ligues"; ni la casa núm. 3 de la Calle Manrique, del siglo XIV, con sus preciosos capiteles califales y sus arcadas mudéjares lobuladas, donde comenzó su andadura en el 1.810 nuestra insigne y prestigiosa Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de

Córdoba, que sirve en la actualidad de reposo y tertulia a los huéspedes del recién instalado hostel. Y los de la llamada "Casa de la Bulas", ancestral casa de vecinos, rescatada para el acervo ciudadano por nuestro Ayuntamiento, donde se halla instalado el Zoco y el Museo Taurino.

También están esos otros singularísimos y típicos patios de las tabernas cordobesas, de los que cabe citar entre los de más rancia solera -nunca mejor empleada la expresión- el de la Sociedad de Plateros en la calle San Francisco y María Auxiliadora, "Pepe el de la Judería", el del desaparecido "Brasero" en la Plaza de San Pedro, el de Rafael Seoane -al que cariñosamente le llamamos los amigos "Gallego"- en la Plaza Regina, los de la calleja Munda, los de Santa Marina y San Lorenzo, la Piedra Escrita, la Fuensantilla, el Realejo, del Alcázar viejo, Beatillas, y... tantos otros, que omitimos por no hacer prolija e interminable la relación; en los que, en armoniosa camaradería y al pausado paladeo de un buen "medio" del fino, oloroso y exquisito vino de nuestra tierra, hablan, comentan, discuten, razonan, sentencian y resuelven, muchos de los más arduos y espinosos problemas individuales que se enhebran en la vida cotidiana.

Igualmente existen otros patios, completamente distintos, que son dignos de admiración por su venerable antigüedad, monumentalidad y recogimiento, como los de algunos Conventos que, independientemente de los patios claustrales -por ejemplo el de los mercedarios que disfruta la Diputación Provincial- los hay que tienen un especial encanto; uno de ellos es el patio de entrada al de Santa María, de la Orden de Jerónimos, comenzado a finales del XV, el que, pese a estar continuamente abierto a los ojos del transeúnte, muy pocos son los que se han asomado para simplemente curiosear o reposadamente recrear su vista por él y reparar que tiene una galería claustrada con columnas y capiteles califales y nazaritas -no en vano trabajaron en él algunos moriscos- así como en su primorosa fachada ojival.

El del Corpus Cristi, en la calle Ambrosio de Morales, cuya construcción es de principios del s. XVII, con un artístico y armonioso patio de ingreso con columnas y ladrillo visto.

El de la Encarnación del siglo XVI, que dio nombre a la calle donde se ubica, que tiene un primoroso patio de entrada, en que las religiosas, por especial privilegio, gozan del título de Doñas en lugar de Sor.

Santa Isabel de los Angeles, en la calle Santa Isabel, de finales del XV, del que no hay que dar muchas explicaciones, porque quizás sea el más conocido y visitado, ya que, en el muro exterior, en un mosaico de policromados azulejos, se halla el santo más popular y que más devotos tiene: San Pancracio, al que los cordobeses y cordobesas acuden cada miércoles a demandarle suplicantes les conceda los más notables y ansiados beneficios: la salud y el trabajo.

Otro, el del Convento de Santa Cruz, en la calle Agustín Moreno, más conocida por Santiago, que tuvo sus inicios en el siglo XV, en el que igualmente, en la parte exterior tienen un pequeño retablito de azulejos con Santa Gema de Galgani, abogada de los estudiantes y patrona de los imposibles y al que todos los días 14 y jueves de cada mes, acuden y se encuentran el estudiante que no está plenamente convencido de su capacidad para llevar a buen puerto los exámenes finales y la señora temerosa de aquejarle, a ella, a un familiar, amiga o allegado, una enfermedad maligna e incurable.

El del Convento de San Rafael, de las madres capuchinas, en la Plaza de su nombre, del siglo XVIII, bajo cuyo encantador claustro se encuentra y venera una pequeñita, pero deliciosa, imagen de San Antonio, de la que mi ilustre antecesor en el sillón de la Academia, nos ha legado una interesante y sabrosa noticia referente a sus años mozos:

*¡Cuántos recuerdos evoca de mi juventud!. Ibamos -dice- los martes varios amigos a ver las muchachas en sus rezos, y decíamos que pedían novio al santo casamentero, devoción que subsiste, pues se recogen algunas cartas en el cepo pidiéndole novio a*

*San Antonio.*

Y el del Convento de Nuestra Señora de la Concepción, conocido por los cordobeses como del Cister, de las madres Benitas y Bernardas recoletas, del siglo XVII.

Estos patios conventuales, cada cual con sus particularísimas peculiaridades, con sus naranjos y limoneros, rosales trepadores o de pitiminí, las modestas enredaderas o el jazmín trepador, donde crece el gallardo y majestuoso ciprés, la oriental palmera y las multicolores flores, en los que, llenos de espiritualidad, reina la paz y el silencio, sólo interrumpido por el gozoso trinar de pájaros y ruiseñores que allí anidan y los atiplados cantos y rezos de las monjas en maitines, son en los únicos donde se mezclan los suaves perfumes de las flores con el olor a la cera y del incienso con ese característico tufillo pegajoso y dulzón que produce el cocimiento de la melaza con el que, las reverendas Madres, obran sus exquisitas confituras. Todos ellos son lugares de encuentro de los feligreses devotos a la entrada o salida de los actos litúrgicos o en la adquisición de sus exquisitos dulces.

Por eso -dentro de su variopinta y compleja diversidad- estos maravillosos lugares de encuentro -todos en su conjunto y cada uno de ellos en particular- sin excepción, tienen para mí unos impresionantes encantos que, pese a su sencillez, no están exentos de una singular belleza, y a los que yo -como cordobés- reverente, les rindo el más fervoroso culto, como si se trataran de mágicos y fantásticos templos mitológicos.